

TÍTULO: RÍO TAMBRE

SEUDÓNIMO: SASTRÓN

Nada más enterarse mi amigo Leonardo de mi regreso, después de haberme pasado varios años navegando por esos mares del mundo, me invitó a pasar unos días con el y su familia en su casa del pueblo, donde vivía con su mujer Dora, su hijo Lucas y sus suegros Luciano y Elena.

Solo había pasado una semana desde que descendí del autobús y aún recordaba el recibimiento tan efusivo con el que se me acogió en casa de mi amigo.

Lo que más me gustaba era que allí tenía una habitación para mi solo. Leonardo tenía dos: el dormitorio y el cuarto donde guardaba todo su material de trabajo.

No nos veíamos desde hacía muchos años, por lo que lo encontré muy cambiado, supongo que a él le pasaría lo mismo conmigo.

Tardé muy poco en darme cuenta que además de haber estudiado Artes Gráficas, tenía muy buenos conocimientos de mecánica y electricidad, porque de no haber sido así no podría lograr esa calidad en las fotografías, para situar las cámaras, como luego más adelante pude comprobar, como estaban situados los flashes y fotocélulas ultrarrápidas. Fue entonces cuando supe que a esto se le llamaba alta velocidad, el capturar los pájaros en vuelo, sus cámaras preferidas eran, Nikon F3 y Hasselblad 553 ex1, por su alta resolución. Una noche, mientras me mostraba todo su arsenal de cámaras y objetivos, y los avances de la tecnología, me invitó para que le acompañase en algunas de sus visitas a los nidos donde él suponía poder tener éxito y así mostrarme todo lo que tenía extendido a lo largo del riachuelo, porque les había ya preparado, según me dijo, todo lo necesario, para capturar las entradas y salidas de sus nidos, al martín pescador, cárabo y abejaruco.

Así que un viernes por la tarde, nos dirigimos a una zona de álamos muy viejos, pero muy altos y fuertes, donde había localizado un nido de milanos, y ya estaba allí preparado todo el material para montar un andamio, que nos pusimos a montar por la noche, yo estaba asombrado, de todo lo que mi amigo Leonardo estaba preparando, al día siguiente sábado, volvimos a bajar a los álamos para terminar de montar el andamio, llegamos a una altura de 12 metros, hacerlo fue para que cuando llegasen los milanos, que son aves que repiten nido cada año si no se les adelantan otros, no sospecharan nada.

Al día siguiente mi amigo me dijo, Reinaldo ven conmigo que te enseñaré el nido del cárabo, eran las 6 de la tarde, al llegar poco se veía ya, el nido estaba situado en una oquedad de un chopo a unos 4 metros de altura y allí estaba la escalera ya preparada y con la altura justa para llegar, para eso su suegro Luciano había bajado cada dos o tres

días a subir un peldaño de la escalera, única manera de que el cárabo no sospechara y de día, y lo más curioso era que el color de la escalera era del color de la corteza del chopo. Esto mismo me llamó mucho la atención mas adelante, como colocaba imitaciones de cámaras de madera color oscuro, para una vez habituados los pájaros, montar las auténticas.

Subió Leonardo al nido para hacer sus pruebas habituales, como fue poner el brazo delante de su rostro en el momento de asomarse para evitar un posible ataque del cárabo, al preguntarle porque tomaba tantas medidas de seguridad, ante mi desconocimiento me comentó ,que conocía una persona y al no hacerlo le costó la pérdida de un ojo, en este caso el cárabo no estaba, así que me invitó a subir para que viese la puesta de huevos, yo subí y no veía nada, el insistió ,volví a mirar y efectivamente estaban muy bien camuflados, esto lo hacen, me dijo ,antes de salir del nido a por las presas para protegerlos de los depredadores, como la gineta, etc.... Durante la cena con su familia, comentamos varias cosas, así como algunos de sus proyectos, yo me ofrecí para ayudarle en lo que pudiera.

Caminaba yo una mañana a orillas del riachuelo cuando un martín pescador pasó volando aguas arriba con un pececillo en el pico. Los abejarucos horadaban entonces en sus nidos y en las choperas se escuchaba el bonito y espléndido canto del ruiseñor, esto es la primavera, me dije.

Poco podía yo imaginar, que en este riachuelo afluente del río Tambre, pudiera haber tal variedad de aves y pajarillos, como los que me estaba mostrando mi amigo Leonardo, acostumbrado a ver tan pocos en alta mar y en según que latitudes menos todavía.

Yo que no había sido muy aficionado a la fotografía en el transcurso de estos días en su casa, me estaba gustando todo lo que veía y me contaba, para un romántico como yo, así que cuando mi amigo no estaba, aprovechaba para darme largos paseos y aprender de la naturaleza y deseaba que llegara mi amigo para saber que tenia preparado y no tardó en suceder, ese mismo fin de semana, su esposa Dora y sus suegros ya estaban acostumbrados, pero yo no lo esperaba, cuando me dijo Reinaldo, esta noche nos vamos un buen rato al río, así que nos preparamos ropa y comida. Bajamos a la puesta de sol, yo me notaba nervioso, no así mi amigo que para él no era la primera vez. Agitando levemente sus hojas recién adquiridas, el centenario bosque contornea su silueta en el crepúsculo.

Sobre ese oscuro telón de fondo, la voz del cárabo, lejana y misteriosa, acompaña al bosque en su vigilancia.

Me estaba dando cuenta que la primavera se me iba hacer cortísima, ante la cantidad de proyectos que llevaba en su cabeza mi amigo.

La lechuza y sus siseos en la noche, fue algo de lo que más me intrigó, su vuelo silencioso, con su blanco plumaje, le da un aspecto fantasmal. Siseo y estertor, manifestaciones sonoras siempre conmovedoras para la gente del campo, pero para mí que era la primera vez que la escuchaba era de miedo, también le han dado una mala reputación. Objeto de remotas leyendas y supersticiones y relatos siempre macabros, la infortunada lechuza fue perseguida y difamada, desgraciadamente durante muchos años, como ave de malos augurios.

Que intimidad necesitan todas las aves y que vulnerables son durante todo su proceso de nidificación. Como lo estoy comprobando en los días que llevo aquí, cada día una sorpresa nueva.

Mi amigo además tenía en su casa un terrario donde guardaba muy bien alimentadas algunas especies muy curiosas, para una vez conseguida su misión soltarlas en su habitat. No era muy del agrado de sus suegros, pero él lo hacía.

Una mañana me pasé por el nido del cárabo a darme vuelta y cual fue mi sorpresa que los huevos no estaban, son muy madrugadores poniendo los huevos, pensé yo, cuando se lo dije a mi amigo, me dijo que probablemente si han sido molestados estos días pasados de la semana santa habrán abandonado el nido y se irán a otro para hacer una puesta nueva.

Cuando pasados unos días le dije a mi amigo Leonardo que había encontrado otro nido de cárabo no mostró extrañeza, al contrario, dijo posiblemente sean los mismos que abandonaron el anterior.

A los pocos días me volvió a preparar salida nocturna para que lo llevase hasta donde había localizado el nido en la oquedad de aquel árbol, así que con todas las cámaras que consideró por ser la primera visita al nuevo nido, bajamos al río. Ya era muy tarde, era noche cerrada, el repentino vuelo chapoteando de unos patos azulones, a los que desvelamos en su descanso nocturno, nos dieron un susto de muerte y más adelante, un tejón, fugaz se cruzó en nuestro camino. En el silencio, el profundo ulular de los cárabos se escuchaba en la lejanía hasta llegar a desvanecerse en la distancia. Volvimos de vacío; sólo unas pocas fotografías excusaban el trabajo y la espera, pero la experiencia nocturna había sido gratificante.

Tras un ajetreado trayecto, el río pierde la fuerza de su corriente y el curso, más reposado, formando algunos remansos. Es primavera.